

los niños del infortunio

MEMORIAS DE LA MISIÓN
MÉDICA CUBANA
EN PAKISTÁN

Tarek William Saab



ediciones
plaza

**LOS NIÑOS DEL INFORTUNIO
(Memorias de la Misión Médica
Cubana en Pakistán)**

TAREK WILLIAM SAAB.

DEDICATORIA

A **Chávez** y **Fidel** dos gigantes de la emancipación y redención de nuestros pueblos. Genuinos herederos del magisterio de Bolívar, Martí y el Che.

A estos dos forjadores del destino de la nueva civilización.

A los niños del infortunio que vivirán en mi corazón hasta el último instante de mi vida.

A los sobrevivientes del terremoto de octubre 2005 en Pakistán, que con su coraje son ejemplo para vivir en el decoro y la dignidad.

A mis leales acompañantes Bruno Rodríguez, Iván Mora, Rolando Gómez, Douglas Saab, y todos aquellos que contribuyeron a hacer más dulce esta hermosa travesía hacia la resurrección.

A la memoria de mi padre bueno Nemer Saab.

A mi madre, mis hermanos, mi esposa e hijos, hogar en la dicha. Especial reconocimiento a Douglas por su valioso aporte fotográfico y su apoyo humano.

Y muy especialmente a la Brigada Medica Cubana Henry Reeve, protagonistas de una histórica epopeya a favor de la humanidad.

Contraportada del libro
“Los niños del infortunio”

Este libro es el testimonio de un profundo amor. El amor sublime por lo más desválidos, por los preteridos de todas las horas que el sufrimiento y el abandono tornan interminables. Al mismo tiempo, es un acto de fe por la Revolución Cubana y por **Fidel**, escrito por un poeta venezolano (Tarek William Saab, Venezuela, **Estado Anzoátegui**, 1963) comprometido con el proceso revolucionario que lidera el Presidente **Chávez**. Aquí, el lector atento encontrará una creación literaria transformadora que conjuga líricamente el relato, los poemas en prosa y en verso, la crónica, el testimonio y diversos recursos expresivos que le permitirán comprender el drama, el dolor y la muerte que enlutó al pueblo Pakistaní, producto de un devastador terremoto en octubre de 2005. Las vivencias de los huérfanos, los mutilados, los enfermos y sus singulares historias son atrapadas en toda su dimensión humana por una escritura que, a la vez, rinde homenaje a la labor heroica de los médicos internacionalistas cubanos que conforman la **Brigada Henry Reeve**.

Utilizando imágenes de manera aluvional, sin dar treguas ni concesiones al lenguaje, van apareciendo en cada una de estas páginas las historias de personas reales que el

autor transforma en palabras que cincelan desde el inicio la sensibilidad del lector. En cada relato vuelven a escucharse las múltiples voces mudas de los ahogados, de los niños que hablan desde escombros aferrándose a la vida, de padres doloridos, de pacientes que claman por ayuda, de médicos que no renuncian al consuelo y la esperanza para vencer el trágico rugido de la naturaleza. Por encima de todas, se levanta, sin embargo, la voz de la ternura y la fuerza de la hazaña humana que denuncia el ignominioso silencio mediático internacional sobre esta tragedia. Aquí encontrará usted una de las más conmovedoras historias que hayamos leído en favor de la solidaridad y la defensa de la dignidad humana.

Solapa

Tarek William Saab: es Abogado. Defensor de los Derechos Humanos de larga trayectoria. Escritor, a quien el presidente **Chávez** ha nombrado como el "poeta de la revolución". Amigo fraterno de Cuba. Actualmente es Gobernador del **Estado Anzoátegui**. Fue dirigente estudiantil (1976 - 1983) y parlamentario (1999 -2004). Presidió la Comisión de Cultura del Congreso, la Comisión de Derechos Humanos de la Asamblea Constituyente y la Comisión de Política Exterior de la Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela.

Ha publicado siete poemarios, algunos de ellos en Argentina, Colombia, México y Cuba (**Cielo a Media Asta**, La Habana, 2003). El texto que presentamos bajo el título **Los niños del infortunio (Memorias de la Misión Médica Cubana en Pakistán)** es el resultado de un recorrido por esa nación milenaria a principios del mes de enero de este año.

I

Fogata al Borde del Cielo

Dos hombres arrodillados. Ensimismados en su propia soledad parecen entregar todas sus esperanzas de vivir a una fogata donde calientan sus manos extendidas como una suplica...

La camioneta nos transporta más allá de los precipicios y los barrancos por una carretera tan negra como la noche amurallada de frío y niebla.

En medio de la alta oscuridad de **Balakot** veo sus rostros iluminados por la fe. Parecieran rezarle a alguien insondable mientras un fuego sagrado consume sus almas. Los imagino allí, sobrevivientes de un derrumbe

que convirtió en infinita tormenta a las rocas, el lodo y redujo sus vidas a escombros.

Y abajo, más abajo de nuestras posibilidades, en lo más hondo de los suelos, toda la vida de una civilización respira sepultada. Lejos de cualquier discriminación o misericordia, madres, hijos, abuelos, esposas, agonizaron...

Como ***Ofelia*** en ***Hamlet*** sus parientes vivos

cantan:

***“Descubierto a enterrar lo llevaron
¡Ay, pobre de mí!
Tormentas de lagrimas en su tumba llovieron”***

Es de madrugada, y el chofer de la camioneta que nos devuelve de un remoto confín, no atina a presentir mi hallazgo. Le revelo a Bruno y a Douglas que dos hombres

solitarios sentados a la intemperie (al costado de un dominio derruido en la inmensidad de Pakistán) confían su mañana al calor temporal de una frágil hoguera: tiemblan sin quejarse, culpa del hielo y la devastación.

Vencer al invierno podrá liberarlos de una nueva debacle: resistir la crueldad de una estación que los recluye en endeble carpas de tela estremecidas por el invierno polar.

((Presiento que ellos dos son apenas un grano de sal entre los tres millones de hombres, mujeres y niños que arrojó al vacío la descomunal catástrofe)))

*Quisiera bajar
e ir a la reunión
que la nada convoca*

Convencido que al lado

de los infinitos precipicios

en donde secan sus manos

de la helada llovizna

los mártires de Haripur y Hasan Abdal

una ciudadela de carpas

yergue como el pasto

su siembra trágica...

Imagino el desconsuelo de centenares de miles de familias que sobrevivieron a los muros calcinados y al lodo. Sin embargo, ahora sufren recluidos en mínimas chozas (construidas con sabanas rotas) los rigores de las cordilleras que el Himalaya bifurca...

Muertos por las rocas cayendo sobre sus espaldas. O de hambre y de frío. Son insomnes devueltos del averno para reencontrarse en la fe y la peregrinación. Los hijos del terremoto no tienen sexo, ni color. Su deidad

trata por igual al pobre o al rico, quienes son atropellados por una naturaleza avasallante y demoledora. Del lado de la frontera con Afganistán (donde el imperio más homicida de la tierra ensangrenta kilómetros de pueblos y caseríos con “bombardeos inteligentes”) los prefiguro deambulando sin destino fijo, dando vueltas en el mismo círculo, sin retorno ni partida, fugitivos a la manera de **Rimbaud** en *Una temporada en el infierno*:

“Por los caminos, en las noches de invierno, sin albergue, sin ropa, sin pan, una voz me oprimía el corazón helado: Debilidad o fuerza, aquí estás, es la fuerza...”

La fuerza es la moral. El sentido profético de actuar con santidad y devoción; aun más allá de lo inimaginable: tal como lo proclama el Apóstol cubano **José Martí**:

“Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que roban a los pueblos su

libertad, que es robarle a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana.”

Nunca estuvieron mejor dichas unas palabras para describir en cuerpo y alma a la Brigada Médica Cubana Henry Reeve. Verdaderos bastiones de la hermandad, el desprendimiento y el trabajo en condiciones adversa en apoyo de centenares de miles de personas de todas las zonas acabadas por el terremoto en Pakistán.

Elegidos y bienamados por **Fidel** (((he tenido la curiosa oportunidad de participar en tres reuniones que el Comandante en Jefe ha hecho para despedir a médicos internacionalistas cubanos. La primera vez fue el 10 de febrero del año 2004, oportunidad en que venían a Venezuela más de cien odontólogos para incorporarse a la **Misión Barrio Adentro**. La segunda, ocurrió el 11 de

Diciembre del año 2005, día en que surgió la invitación de visitar y conocer en el lugar de los acontecimientos, la labor de la **Brigada Henry Reeve** acantonada en Pakistán. Y en el tercer encuentro de despedida, tuve la fortuna de ser también uno de los que marchaban en la tarea humanitaria... pero no como médico. Fui como testigo de excepción de una de las epopeyas más simbólicas y trascendentales que la medicina cubana ha realizado en toda su historia. Lo visto y sentido en esa experiencia única, ha inspirado estas páginas marcadas por una sincera admiración y profundo respeto a la labor sin precedentes que cumplen los honorables miembros de la **Brigada Henry Reeve**, en territorio asiático. En cada uno de esos adioses temporales, **Fidel** modela un ambiente, funda un clima, una estación de cálida evocación e inolvidable magisterio, donde sus palabras y

su sola presencia ya implica un compromiso y un significado especialísimo a la convocatoria de ese fugaz hasta luego))). El exclusivo lugar que en los sentimientos de **Fidel** tienen esos contactos de despedida, explica la preocupación que él siente por los que parten hasta en el más mínimo detalle. A semejanza de los padres milenarios, enseña con el ejemplo desde la sobriedad, el sortilegio de vivir eternamente en el alma de todos nosotros. **Fidel** los despide y parece entregar sus más íntimas emociones en el recinto que los convoca: habla, aconseja, pregunta, responde. Atesora esos momentos de un “hasta luego” con sabor a glorioso regreso como si estuviera nuevamente a las puertas del Moncada o en la entrada inolvidable de La Habana. Titánico en la construcción de una nación que se agiganta frente a las ruinas del egoísmo de las superpotencias que

avergüenzan con sus crímenes a la humanidad...

A contracorriente está Cuba, escribiendo para la posteridad junto a los médicos de la dignidad, uno de los hitos más impresionantes que hayamos conocido en esta contemporaneidad caracterizada por el odio, la violencia, el acabamiento de la vida humana; gracias a prácticas letales que van desde la destrucción ecológica, hasta las guerras promovidas por el gran capital con el fin de sojuzgar a los “condenados de la tierra”.

A contracorriente va Cuba con los honorables miembros de la **Brigada Henry Reeve**, verdadera vanguardia del humanismo revolucionario en el mundo entero. Van en ellos, varias generaciones de profesionales de la medicina (los que estuvieron como **Tomás Romero**, anesthesiólogo de 55 años, en Angola, Etiopia, la

Republica Árabe Saharaui, Honduras y Pakistán; junto a médicos recién graduados o estudiantes del último año de medicina de un poco más de 20 años de edad). A contracorriente se alza indómita Cuba, al frente **“van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana...”**.

Y en ellos va también un trozo entrañable y perenne de nuestra original Revolución Bolivariana, la que con heroísmo y desprendimiento lidera el querido Presidente **Chávez** erguido y victorioso junto a millones de venezolanos frente a la amenaza imperialista de aniquilar (sin nunca jamás conseguirlo) a la patria de **Bolívar y Guaicaipuro, de Sucre y Miranda, de Zamora y Simón Rodríguez, de José Antonio Anzoátegui y Cayaurima, de Pío Tamayo y Fabricio Ojeda.**

El mismo presidente **Chávez** resurrecto contra todo pronóstico de las catacumbas del 11 de Abril. Irreverente y para siempre joven en la luminosidad del 4 de Febrero. Sembrado como nadie pudo hacerlo en el espíritu de los desamparados de mi pueblo. Protector, junto a **Fidel**, de los médicos Cubano-Venezolanos de **Misión Barrio Adentro**, hoy por hoy diseminados con orgullo criollo en Kahuta, en Battal, tal cual lo han hecho, previo a ser llamados en el camino del oriente anzoatiguense, antes de partir hacia el arcano: hacia un destino inexorable e irrepetible al sur de los valles nevados, sin trineos navideños, con el chocolatin y los turrone y las cartas de amor para acompañar el sentimiento de los enfermos, de los desválidos, de los solitarios, de los indigentes, de los golpeados, de los fracturados, de los que padecen el asma heredada por la leyenda inmortal del “Che”; con el

luto en los ojos y en el rostro originario de siglos de
impiedades; arrastrando consigo la medialuna de
millones de años en los hombros prematuramente
cansados de estos nómadas vestidos de turbantes azules
y negros y rojos y blancos; de estrellas que se apagan y
se encienden en las sonrisas impresionantes de miles y
miles de niños pakistaníes que nos siguen a Bruno, a
Iván, a Rolando, a Douglas, a todos y cada uno de
nosotros, en los campamentos, en los hospitales, en los
mercados, en las esquinas, en los campos de refugiados;
millares de niños acompañándonos asombrosamente por
todas partes simbolizando la esperanza de los oprimidos
del mundo...

¡Señor, cuantos murieron

atrapados sin retorno en

los barrancos!

*¿Por qué la muerte
no discrimina
cuando azota su furia incendiaria?*

*Los niños del infortunio
son flores secas
de un paraíso*

que pugna por no marchitarse.

Los niños del infortunio vivirán en mi corazón hasta el último instante de mi vida. Ellos, de la mano de míticos ancianos, pastoreando cabras en antiguos sembradíos abandonados. Orando en silencio cerca de los campamentos y hospitales; desde una voz melancólica atravesando la distancia ya diluida en la resonancia de los altavoces: ***“En el nombre de Allah, el compasivo, el misericordioso.”***

*Ellos, junto a los misioneros revolucionarios
y los montañeses*

*y las mujeres con sus cicatrices
y el ganado pastando
a la orilla de las carreteras*

*y los mercaderes
en medio de los poblados derrumbándose
y la camioneta como una serpiente
bajando y subiendo montañas
abismos pendientes que caen
ululantes*

más allá del sonido

*espectral
de los ríos atormentados del
Himalaya*

*centinelas nocturnos
de dos hombres arrodillados suplicantes
y entregados
al breve incendio
que los desvanece*

en medio de la suprema inmensidad

II

Los Niños del Infortunio

Sin padres

*los niños del infortunio
vagan como estrellas solitarias
como fósforos encendidos
como luces de bengala
que no cesan
como ángeles caídos
sin casas
ni puertas
ni ventanas....*

*Vagan a sus anchas
en medio de la niebla
del frío del escampado
a la intemperie
a ras del suelo*

sonrientes

*no parecen ser las víctimas
más feroces del temblor*

Lanzados de un modo inclemente a la nada. Como si estuviesen de pronto flotando en lo inasible del espacio sideral: los niños del infortunio, en la esfera indetenible de los pesares parecieran reflexionar:

¿Por qué nosotros?

*¿qué hacer ahora luego
de perder hasta el aire que respiro?*

*¿dónde guardarme en el abrazo de mis
seres queridos?.*

*¿dónde los que me arruyaban en medio de
una digna pobreza?*

*sus cuerpos yacen esparcidos
en la cima de la montaña
estoy ahora lejos de sus tumbas
aquí entre los muros destruidos
de Muzaffarabad*

Expatriado en otra vida,

en otro tiempo,

en otro lugar...

(((Me asedian las imágenes y el drama de los huérfanos.
Irónicamente los hijos más desválidos del terremoto))).

Pudiera ser esta la voz de **Karim Al Zamabad**. Lo recreo
haciendo un inventario de la tragedia universal que nos
toca de cerca:

*¿Qué hago aquí?
¿Quién soy?
¿Con quién aprender este signo?*

*La interrogante que me devuelve
al lugar donde mis ocho años
es esta incierta senda
lanzada contra el viento
como una libélula
como el ala
de una luciérnaga incendiada
en medio de la gran oscuridad*

*Los niños del infortunio
vagan parecidos a las flores del abismo
sin padres
sin hermanos
sin amigos
despojados de la luz
de la habitación*

que atesoró ancestralmente sus penas

*Con el recuerdo del olor
a manantial
atravesando sus almas*

*Los niños de Muzaffarabad y Balakot
cierran los ojos
y sienten ser todavía
el vuelo agraciado de los pájaros
que el frío invernal desmorona
imaginan estar bajo el techo
de madera
dentro de las casas de piedra
jugando
protegidos
por una tierra de abrigos
con el tímido sopor de las canciones
saliendo de un antiguo Corán
alegres en medio de una salva de
aplausos*

*Ajenos
al inminente ocaso de la tierra
y a su fatídico fulgor*

*¡Señor enséñame a consolarlos
y que así puedan sanar
sus almas para siempre!*

*Ahora que los he conocido
de cerca,*

*soy en lo inasible,
en la distancia
de millares de llanuras y casas,
el celoso guardián
de sus horas en vela.*

Parecidos, y sin embargo más reales, que los personajes sobrevivientes a aquella tierra arrasada de *Pedro Páramo*: los niños del infortunio fueron despojados de cuajo, sin solicitud, ni permisos, ni anuencias de ningún tipo: y reaparecen como aves sobrevolando un idílico jardín. Uno tras otro, llenan multitudinariamente los campos de refugiados en Manshera, Battal, Chatar Plaim. Alegres, duermen en el suelo, sin zapatos; algunos con el rostro quemado, los sostiene en sus precarias moradas el afecto y el cariño de los médicos cubanos. Tristes por

el futuro inexpugnable que les aguarda; semejantes a una película de Buñuel, de Wenders, de James Dean...

Humanizando la tragedia que los arrojará, aún más, al vacío, cuando los misioneros del Henry Reeve ya no estén más con ellos aquí...

Los médicos internacionalistas forjados al calor del salitre y el trópico caribeño, han recorrido los siete mares de continentes enteros para llegar a lugares donde jamás ningún galeno ha llegado. Es una verdad universal que algún día reconocerán sin mezquindades todos los pueblos del planeta.

Aquí, sin reparar en sacrificios, ni limitaciones. Venciendo el tiempo glacial de remotas heredades; adaptados a

costumbres, comidas, usos, y horarios de una estirpe distinta a la de nuestros pueblos latinoamericanos.

Vistiendo los ropajes de un clima hostil, derrotadas las incomodidades de diferentes signos. Asumida colectivamente la profética sabiduría de **Fidel**, para internalizar de modo impresionante, el más humano sentido de la hermandad y el deber. Testimoniado con creces en la defensa irreductible de los centenares de miles de víctimas del terremoto pakistaní.

Sin excepción, los he visto sonreír y trabajar sin reproches, ni amarguras: los misioneros y misioneras de la Brigada Internacional Henry Reeve, por la vía de la ternura son padres y madres de los niños del infortunio: en **Cachemira** y en la provincia del **Nor Oeste (NWFP)**.

Son además, el exclusivo consuelo de millares de familias en las zonas montañosas azotadas por el gélido invierno y la demolición.

He rastreado humildemente como un aprendiz de arqueología las huellas de estos héroes anónimos. Bondadosos. Sensibles ante el sufrimiento de un pueblo martirizado históricamente. Tengo la gracia de haber conocido jóvenes recién graduados en las Escuelas de Medicina de Cuba, ahora dispersos en los treinta y dos hospitales de campaña cubanos, ubicados en cuarenta y cinco lugares afectados por el terremoto. Laborando ejemplarmente con otra generación de médicos internacionalistas que han asistido a indefensos de todas las edades, en remotos espacios de África y Asia, y por

supuesto, de toda nuestra América, con Venezuela al centro del corazón.

Han fundado hospitales en Paquistán con el nombre de nuestro Libertador **Simón Bolívar**: los he visto a los ojos y me he sentido junto a ellos más bolivariano, más martiano, más guevariano. Dos generaciones de médicos cubanos abrazados como dignos discípulos del humanismo que forjó nuestra identidad y se proyectó con hidalguía por el mundo entero. Entre ellos, mis paisanos médicos de **Misión Barrio Adentro de El Tigre, Estado Anzoátegui**: Daneya Sánchez, Yolaine Martín, Yaneth Madrigales, Iriani Crespo, conmigo enlazados bajo el cielo pakistaní, mojados por la lluvia y la nieve, con la certeza del reencuentro en el oriente venezolano, más temprano que ayer....

II

A nuestro paso por Cachemira, en el tramo que va de **Muzaffarabad a Garhi Habibullah**, bajo del vehículo con el presentimiento de verlos muy de cerca. Alguien advierte: **“No, no podemos bajarnos en este lugar”**.

Nuestros fieles custodios, Pedro, Andrés y Raudel, se convierten en guías intermitentemente sorprendidos y en guardia por las ocurrencias que promuevo, movido por las misteriosas intuiciones de la sensibilidad.

Las corazonadas son idénticas a los destellos luminosos del destino. Cuando una fuerza interior se hace tan latente hasta alcanzar vida propia, entonces debemos atender sin razonamientos los dictados del espíritu.

Bajo de la camioneta roja, y lo que es una calle de concreto, jamás prefigura nuestro hallazgo: al momento de descender el declive rodeado de hierba, de arbustos y pequeños árboles, nos encontramos de pronto con imágenes oscilantes entre el infierno de **Dante** y las tragedias de **Prometeo encadenado**:

“PROMETEO: ¡Si al menos no hubiera precipitado bajo tierra, más allá del Hades hospitalario a los muertos, hasta el Tártaro infranqueable, echándome ferozmente en cadenas insolubles, de suerte que ni un dios ni nadie se regocijará de ello! Pero ahora juguete de los vientos, miserable, sufro para escarnio de mis enemigos”.

Más allá de cualquier retrato imaginable. Aquí. Aquí está la verdad del horror:

En este campo de refugiados (((a pocos metros de la residencia oficial de un alto magistrado de la Corte Suprema de Justicia de Cachemira, donde vivía **Fazel Hashma**, en el mismo sitio donde estuvimos parados oyendo a **Nadeem Islam** narrar el impacto mortal del terremoto. Frente a los escombros de una vivienda oficial con sus salones, dormitorios y patios aplastados por las piedras: “Allí detrás de la foto murieron dos personas, nunca pudieron ser rescatadas y allá a la derecha murieron tres”)))....

Aquí, en el campo de refugiados de **Yilalabat**, que rememora a los guethos palestinos asediados por el ocupante invasor: aproximadamente resisten el hambre, el insomnio, el frío y la sed, dos mil trescientos niños recluidos junto a mil setecientos adultos más.

*¿Cómo imaginar
que son más de tres millones
los damnificados del desastre?*

*¿Cómo aceptar
que murieron de un fogonazo
más de cien mil personas*

*Y que fueron afectadas más
de cuatrocientas sesenta mil casas.*

*Y que sobreviven
para siempre
marcados como en un estigma
más de doscientos mil heridos?*

Le digo a Bruno que a pesar de ser un lugar restringido para nosotros, el bajar así, sin vigilancia, ni anuncios, ni protocolos, hace que absorbamos toda la estación doliente fundada en ese prohibido y oculto lugar. Habitantes fantasmales de una resignada amargura nos reciben como si fuéramos una curiosa representación de la fraternidad humana. Pregunto sobre sus existencias

malogradas, sus parientes enterrados en los patios de sus casas tapiadas. Quiero saber de la suerte de sus hijos, de sus padres, de sus abuelos, de sus esposos y esposas. La voluntad de saberlo todo y transitar, aunque sea brevemente el túnel sin salida de sus biografías: conquista momentáneamente un instante para la solidaridad, el abrazo y las fotos de la ternura.

Sugra de 28 años me recibe al final de la pendiente y me encuentra husmeando en un improvisado fogón. La carpa de lona está impregnada de hollín. Una cacerola achatada y hundida, a la vez, contiene los restos de un arroz quemado como única evidencia de alimentación en ese dantesco lugar. Sugra vivía en Muzaffarabad, en un lugar conocido como Yelalabad. Ahora es una más de las millares de evacuadas, con sus seis hijos a cuestas,

cuatro varones y dos hembras; perdió su casa hace tres meses, pero salvó la vida de su familia; desde entonces vive ahora aquí con su esposo y sus hijos. Come sólo arroz y pan. Nos confiesa algo que de por sí ya lo imaginaba: los hijos del terremoto pakistaní, “**no han podido dormir más**”... ella tiene frío y perdió el apetito, también su pequeña tienda donde vendía cigarros y tabacos: “lo perdí todo y ahora no sé lo que nos irá a pasar”.

Su futuro es similar al de **Mir Osancha** de sesenta y cinco años, un militar jubilado. Relata que en la montaña de **Baelilom**, muchas casas se movían y los pueblos se hundieron bajo la tierra mientras una muchedumbre desesperada corría orientados hacia ninguna parte. Tiene también seis hijos, cuatro varones y dos hembras. Sus

ahorros, guardados en su vida de milicia, yacen (junto a la gran mayoría de sus amigos) sepultados en las montañas. Hoy no sabe como hará para mantener su familia.

Su incertidumbre jamás sobrepasará a la de **Gulan Rubani**, de veinte años, quien vivía en **Nilom Belli**, zona montañosa de Cachemira; él, casado, con hijos, me impresiona por su parecido con un personaje de la película ***La última tentación de Cristo***, aquel ciego a quien **Jesús de Nazareth** le restituye la vista y minutos después, en una dramática secuencia termina cruelmente asesinado....

Gulan Rubani usa una túnica casi deshecha por el hedor. Sin entender nada, él se me acerca y me abraza

desconsolado. Intento calmarlo y alguien cerca nos comenta que Rubani ha perdido la razón: su locura es de una inocencia parecida a la de los niños del infortunio. Reparó en él y fugazmente lo transformo en mi hermano. Caminamos abrazados por el campo de refugiados. **Abel**, nuestro inseparable compañero de viaje (un pakistaní que residió por más de 20 años en España) reduce las distancias del idioma, al traducir del urdu al español. Hablo con Rubani, le transmito mis sentimientos de pesadumbre y de fe...

Así emprendemos nuestra marcha a Balakot. Ascendemos la cuesta de pequeños árboles, de arbustos, de árida grama, mágicamente acompañados por una multitud embargada por un profundo sentimiento de amor. Al llegar apenas a la acera, cerca de la

caravana de vehículos, Bruno me advierte que un anciano en muletas se desplaza con asombrosa rapidez en un intento por despedirse. Me abrazó a él. Es **Leticha**, dice tener 50 años, pero aparenta 70. El terremoto le partió la pierna izquierda. Me cuenta que habitaba en **Catayehogali**, montaña de Cachemira. Leticha tiene esposa y siete hijos, una de ellas perdió tres varones, sepultados por la catástrofe: **“soy un pobre pero quise venir a verlo. Me operaron de la pierna en Muzaffarabad”**. Nos la muestra, está tatuada por las cicatrices y a pesar de todo, alaba a Dios con un gesto alzando sus brazos al cielo. Sereno e implorante dice: **“No tengo casa, no tengo nada, que se haga la voluntad de Dios”**.

Mi retirada silenciosa, revela el impacto de los sentimientos encontrados, al conocer en la intimidad diurna, los azares de millares de seres humanos en el campo de refugiados de Yilalabat. Bajo el vidrio de la ventanilla y le doy mi mano amiga a Gulam Rubani quien nos acompañó ferviente y cariñoso hasta el vehículo para despedirnos...

(((Señor, si pudieras salvarlos con tu gracia divina. Si al menos dentro del mundo irreal en que sobreviven, existiese la remota posibilidad de un reencuentro fugaz con sus seres queridos para una mínima despedida)))

*Si pudieran las aguas
del Indus
del Jhelum
del Kunjar
devolverles a Muna
a Bicharat
a Mohamed Fiaz
a Bibizema
a Amma*

*a Mahmud
con sus nueve
siete
ocho
seis
y tres años
auestas
con la alegría
de ver a sus padres
vivos por última vez
para arrojar a su paso
granos de maíz
a la identidad de una carroza
si pudieran los fosos
de los suelos deshechos
reconstruirse
para no quedarse en la conciencia
la imagen perforada
del suplicio
la inclemencia
y el temor*

*Si pudieran volver
los padres
de los niños
si pudieran regresar
de la sal de los cementerios*

*Adiós padre
tus barbas blancas
serán mi consuelo
en las noches solitarias
cobijarán el frío*

*que amenaza con hacerme
brasa de hielo
en estas lejanas arenas de Dios*

*Adiós madre
regazo de mis sueños
arroyo para el miedo
que turba mi vigilia
madre de mis días
adiós a tu mundo solar
donde entraba a descansar
abrazado a tu misericordia eterna*

*¿Quién programa en el mundo
terrenal
allí donde el destino
cuece su noria
los desencuentros
las separaciones
las despedidas?*

*Todas tienen un halo
de suave melancolía
atadas al aroma
de la llovizna
cuando roza la tierra
las flores
el rocío
la madera*

*Cuando nos vamos
para nunca más volver*

*entramos en un bosque
de eucaliptos
de cedros
de sándalos
de pinos silvestres
y emprendemos un viaje
sin retorno
al paraíso perdido
susurrando*

¿Cómo se escribe el deseo de irse?

*Atrás el humo expansivo de las fogatas
atrás el misterio marcado
de un futuro señalado por la desdicha*

*atrás la vasta soledad
de las tinieblas
atrás el eco mudo de las piedras
atrás la memoria de un reino crucificado
por las tumbas*

*atrás el ocaso
de un porvenir que no llega*

*atrás la fría llovizna
el dolor infinito
de una trunca despedida*

*atrás un campamento
de nómadas
donde queman sus varas al viento
abandonados a la suerte de Dios*

*Allí yacerán eternamente
los niños del infortunio...*

III

Veo un tronco flotar
en lo más hondo del Kunjar

Quisiera imaginar

*que es un pequeño tronco
en forma de barca*

*navegando
en los confines
de las aguas nevadas*

*sin hojas
sin ramas
sin flores*

*Un pequeño tronco
en forma de barca*

aterido de cruzar precipicios

*rebotando
al paso veloz de rocas blancas*

precipitándose

hacia el fondo de las montañas

*hasta ser una línea invisible
en el horizonte de Yaret...*

*El débil tronco
es el cuerpo de una niña
que debió llamarse Zahra
o tal vez Sara Kipur*

((yo corría

corría

todo cedía bajo mis pies descalzos

*Vi caer árboles
paredes
balcones enteros con abuelas dentro*

*escapé del terremoto
más no vencí mi destino
de inocencia ahogada
en las frías corrientes
del río Kunjar*

Ahogada

no sepultada bajo techos y ladrillos

*pude haber sido madre
de unos niños que el mediodía celebra*

*niños tostados de fiebre
cazadores
de manchas solares
en los estanques
donde el color de millares de peces
iluminan mis ojos...*

*No pudo ser los juegos
las muñecas de trapo
los triciclos*

no pudo ser la salvación

*nadie me auxilió
en medio de la separación de los suelos
y el desplome de los sueños)))*

*Sara Kipur de diez años
arrasada
por los escombros multiplicados
como hongos fantasmales
se abrió paso
al crujir de la tierra
por Manshera,
por Hatian,
por Rawala Kot...*

*Ahora vaga rauda
y aceleradamente por las tormentosas
riberas del río Kunjar*

aguas azules

azul cobalto

plomizo que perturba el alma

*Su cuerpo de madera infantil
flota ligeramente
junto a restos de búfalos*

becerros

trozos de carreteras

y murallas

*que cayeron
al paso de la catástrofe*

Pero ella no estuvo íngrima en el cerco del abandono. Los ángeles guardianes también visten sus propios ropajes sin alas. Simulan ser como cualquier otro, cuando la solidaridad engrandece la tierra, enmudeciendo el asombro:

De La Habana, de Matanzas, de Santa Clara, de Ciego de Ávila, sembraron sus canciones y sus himnos de fe. De Pinar del Río, de Holguín, de Granma, de Santis Espiritu, en fin de todas las provincias de Cuba, cruzando océanos, continentes, escalas y cráteres; hasta instalar los treinta y cuatro hospitales donde más nadie imagino que otro mortal ajeno al terremoto estuviera: allí estaban

ellos y ellas, con sus ritos de abnegación infinita; con la bandera de Cuba y de **Fidel** en el alma, en los ojos, en la palabra; curando, asistiendo al desvalido, al traumatizado.

Como una liturgia de encendida fe por la humanidad, golpeada en las llanuras inmoladas de Pakistán.

Los restos abandonados al final de los caudalosos y helados ríos, reaparecen en la ternura y el consuelo de los miembros de la heroica **Brigada Henry Reeve**...

Irene Garrotes (Camagüey, Cuba) limpia su bata de medicina, recupera su mochila de cabalgar serranías, cruzadas sus manos con pacientes y enfermos. Como en Angola, donde estuvo en el año 1978: "Angola como

experiencia médica fue un paso adelante en medio de la guerra de liberación. Nuestra presencia como médicos internacionalistas es la misma, es el mismo deber revolucionario, el mismo compromiso con la revolución cubana; pero en otro contexto, acá en Pakistán hemos tenido el testimonio de colocar casi dos mil quinientos colaboradores en el terreno del desastre. Una respuesta rápida. Incluso en lugares de esta tierra donde jamás habían visto un médico en su vida”

A diferencia de Irene Garrotes, han venido como expedicionarios de la solidaridad, un impresionante número de jóvenes médicos recién graduados. Sus rostros denotan la voluntad, la mística, el coraje y el desprendimiento que ha caracterizado el espíritu de cooperación internacional edificado por la revolución

cubana desde principios de los años sesenta. La solidaridad y sensibilidad humana, forma parte integral de su formación científica y de su espíritu internacionalista.

Liane Casas (24). Camaguey. Jamás imaginó cumplir años el cinco de enero de 2006 en Pakistán. Su prueba de fuego como internacionalista, la encontró aquí rodeada de gente que la ha hecho sentir como en casa. Me relata que en Cuba los cumpleaños los celebran echando agua. **“Aquí en cambio lanzan nieve”**. Liane está recién graduada (septiembre 2005) y esta es su primera misión. No tiene palabras para describir su experiencia: **“En un país islámico, con un idioma diferente, en medio de una región devastada y un pueblo muy pobre, me siento muy útil. Le he enviado fotos y cartas a mi familia; también correos por**

Internet. Me responden que siga adelante, que cumpla bien lo que me encomendó el Comandante Fidel. Me dan ánimo y soy feliz al ver la gratitud de este pueblo que agradece que hayamos salvado tantas vidas”

Sin lugar a dudas, todos ellos practican la vieja enseñanza martiana que **“hacer patria es hacer humanidad”**. Cantan, leen y estudian. Su voluntad de trabajo es legendaria. A muchos pueblos del mundo, a muchos hombres y mujeres que regresaron del dolor, les consta su voluntad de sacrificio, de entrega, sin importar horario, condiciones, ni lugar, del globo terráqueo que requiera su bondad.

Los patriotas venezolanos, el heroico pueblo de **Bolívar**, Libertador de naciones, tiene en los voluntarios de la **Misión Barrio Adentro** el testimonio más trascendental de esta tradición que comenzara en el año de 1962 en Argelia, en pleno proceso de liberación del yugo colonialista. El Presidente **Chávez** se ha convertido en un protector por excelencia de este contingente que ha logrado fundirse con el pueblo venezolano, en la recuperación de la vida y del carácter redentor de nuestros héroes....

No en balde, ahora, luego de dieciocho vuelos aéreos que trasladaron a las zonas devastadas por el terremoto en Pakistán, a aproximadamente dos mil quinientos médicos, paramédicos y personal de apoyo (orgullosamente de ellos, cuatrocientos son miembros de

la ya legendaria **Misión Barrio Adentro** venezolana, y por si fuera poco de este contingente cubano-venezolano, ochenta médicos forman parte del grupo de voluntarios del **Estado Anzoátegui**, y para mayor satisfacción aún trece prestan su invaluable servicio humanitario en El Tigre, mi querida ciudad natal) : la presencia de estos singulares hombres y mujeres (51,3% del total general) ha sido aceptada de manera natural y entusiasta en una tierra cuya tradición cultural y religiosa, jamás había conocido un respaldo tan desinteresado, capaz de vencer las resistencias propias de mundos paralelos.

Es edificante saber que destacan dentro del grupo de colaboradores, cuatrocientos jóvenes cuyas edades oscilan entre los diecinueve y los veinticinco años (los demás tienen entre 36 y 49 años). Para la primera

semana de enero del año 2006, fecha de nuestra llegada a territorio pakistaní, los **brigadistas del Henry Reeve** habían atendido a más de cuatrocientos veinte mil pacientes, de los cuales ciento novena y nueve mil son mujeres. No deja de ser asombroso saber que el treinta y seis por ciento fueron examinados por los médicos cubanos en sus propias casas, o a la vera del camino. De aproximadamente cuatro mil quinientas operaciones realizadas, más del cincuenta por ciento corresponden a intervenciones de cesáreas, hernias, apendicitis, fracturas del fémur y otras mal consolidadas, de las cuales el treinta y tres por ciento de las mismas fueron practicadas a menores de quince años.

Impresiona saber que hay en territorio pakistaní presencia de médicos cubanos en cuarenta y cuatro

lugares, garantes de la salvación de vidas humanas. Combatir los brotes de fiebre tifoidea, hepatitis, infecciones respiratorias agudas, así como enfermedades de la piel y del estómago, más allá de las propias intervenciones quirúrgicas: han impactado hasta esa primera semana de enero del año 2006, a nada más y a nada menos que dos millones trescientos mil habitantes de **manera gratuita**, casualmente en un país con uno de los servicios de medicina más onerosos del continente asiático.

Mientras la ONU no concluye su promesa de donar los recursos prometidos el pasado diecinueve de diciembre del año 2005: cuando anunció el aporte de quinientos veinticinco millones de dólares para paliar las consecuencias terribles de la catástrofe; entregando

irónicamente tan sólo el quince por ciento del monto prometido: Cuba, bloqueada, embargada, asediada criminalmente por el imperio más poderoso de la tierra, ha desplegado como ningún otro país del universo, lo mejor de sus recursos (más de ciento veinte toneladas entre medicamentos e instrumental y más de ciento ochenta toneladas de equipamiento médico), de sus saberes y de su compromiso con la humanidad, para dejar indeleble en muchas generaciones de pakistaníes la huella de una fraternidad que trascenderá por los siglos.

Otras Saras Kipur reencontradas en la atención y el cariño de Irene, de Miriam Soto, de Heriberto Hernández (y de centenares de profesionales que conforman la Brigada Henry Reeve) han sanado su dolor, han

atenuado su temprano martirio. Aquí el paisaje nos acerca a una frontera del corazón donde morir es vivir, más allá de cualquier pesar o nostalgia. En definitiva la medicina cubana amaneció un día en los campamentos y dejó su estela gloriosa para siempre. Cerca de los ríos azules y las montañas. Más allá del luto y los picos de nieve; tan lejos y tan cerca de los troncos navegando solitarios bajo los puentes; donde yace Sara Kipur hecha flor de lodo, junto al ganado marino, salida de una de las **Tragedias de Esquilo**, marchándose, temblando como

Electra:

“Escucha, pues, padre en respuesta a mis luctuosos pesares. Tus dos hijos sobre la tumba gimen un treno: un sepulcro nos acoge, suplicantes e igualmente desheredados”

IV
Balakot renace en una ciudad de Utopía

Hay glorias que la humanidad celebra como trazos singulares de nuestra historia. La del emperador mongol Gengis Khan –cuya cronología resuena los siglos doce y trece- sin lugar a dudas, es una de ellas.

La historia secreta de los mongoles revela **La Muerte de Van Khan y la derrota de los Naimanes y los Merkid**, esa narración expresa anónimos destellos:

“Gengis Khan acepta el plan y ordena que enciendan un montón de focos de fuego. Durante la noche cada guerrero prenda uno en el lugar de la acampada, de tal manera que estos sean vistos desde el campo enemigo. Los guardias de los Naimanes, al ver una multitud de fogatas, comentan entre sí: `dijeron que los mongoles eran pocos pero ahora se ven más fogatas que estrellas`...”

Meditaba en las batallas de Gengis Khan y en **El arte de la guerra** de **Sun Tzu**, de su clásica sabiduría para escoger tropas, carros blindados y soldados; o de desarmar tácticas y estrategias de enemigos que parecen mucho más fuertes y numerosos, y que luego terminan siendo abatidos en el combate cuerpo a cuerpo.

Meditaba en el viaje, en la carretera y me decía en silencio, los momentos de paz dan para innumerables reflexiones, como si guardáramos en un cofre toda la sabiduría luminosa, atesorada en las bóvedas del mundo.

No obstante, en estos parajes del sudeste asiático, la cruda realidad nos despierta a toda hora. Esta intemperie de mercados callejeros, con gente pobre vendiendo asaduras y fritangas y frutales y verduras multicolores, amenaza con tragarse las angostas y empolvadas calles de añil y con ello a nuestros pensamientos. De tanto mirar esas tiendas artesanales, decido bajar y probar de sus frutos picantes hasta los tuétanos.

Avanzo hacia mi derecha, buscando impregnarme del ambiente mercaderil, de la bulla, del desorden, del tropel de batolas que con curiosidad se detienen y nos miran y se interrogan. Y así, de pronto, una imagen salida de eras medievales, donde los presidiarios eran sacados de las cárceles para construir carreteras, produciendo sonidos semejantes al ruido metálico del condenado golpeando, golpeando con furia los suelos.

Veo a un joven muy delgado, dentro de un grupo, rompiendo el techo de lo que según él me dice era un hotel de cuatro pisos que dentro de poco iban a inaugurar. Su enjuta figura y pálido rostro de adolescente fugitivo, no concuerda con la ferocidad con que golpea y golpea el concreto para extraer las cabillas. Por un momento me olvido de él y su opresiva pesadilla. Reviso

el lugar y encuentro un reloj que seguramente estuvo pegado a la pared principal del hotel, y que se detuvo en la hora exacta en que el terremoto acabó con la paz de esta nación.

Camino hacia mi mano derecha y recojo un cuaderno de un estudiante de bachillerato. Sus letras y sus números tan extraños para mi, me atraen y hacen que lo guarde como un amuleto en mi morral. Le digo a Douglas que filme a estos jóvenes que parecen esclavos insurrectos de un sistema feudal. Le quitó el mazo de hierro a Zayed y su pálido rostro escapado de los infiernos se ilumina cuando junto a él, en un sonido doble de vidas paralelas que suenan como campanas disonantes se encuentran en la fraternidad del dolor.

Él golpea primero el suelo mal herido y yo lo hago después, y los sonidos semejan el ruido monocorde de una vieja locomotora que silba en la marcha de un paisaje xerófilo y crepuscular. Mi gesto de acompañar a Zayed y a los demás obreros de este inhóspito lugar atrajo hacia mí la atención de **Salim Khan**, el propietario más respetado de la localidad.

Salim Khan pudiera lejanamente evocar por sus nombres, al rey de los mongoles, sin embargo, su historia y la de su familia es hondamente contradictoria y fatal. El ochenta por ciento de las edificaciones de esta zona fueron diezmadas por el mortal sismo, que se llevó carnicerías, abastos, escuelas, hospitales, bancos, calles, plazas, tendidos eléctricos y todo lo que encontró a su paso.

De un envión, Salim Khan vio desplomar sus quince hoteles y sus trescientas pequeñas tiendas, valoradas en quince millones de rupias, según me confesó. Todo lo perdido le parece una hoja de papel que el viento hace volar, frente al drama que le quitó para siempre a su esposa, a su madre y a dos de sus hijos.

Me impresiona su apacible melancolía, entregada estoicamente a la resignación, conmoviéndonos a todos.

Viste al igual que su hijo, un ingeniero de veintidós años, llamado **Moserhan Khan**, un típico gorro pakistaní, que tiene la forma de un birrete bordado de color beige; a diferencia de todos los que lo rodean, usa camisa blanca

cubierta por un suéter verde agua y un saco y pantalón de color marrón confeccionado con tela casimir.

Moserhan Khan, al igual que su padre, habla inglés y al escuchar hablar sobre los médicos cubanos en Pakistán, tímidamente se acercó y dijo conocer a Fidel, haber leído su biografía, la lucha en la Sierra Maestra, la crisis de los misiles e innumerables datos más. El viudo pakistaní de ademanes corteses nos invita a tomar té a todo el grupo que festivamente celebra. Alina Lotti, reportera de la prensa cubana que junto a Otaño y Gabriel no se han separado de nosotros con sus cámaras de fotos, sus videos y sus cálidos reportajes, expresa su complacencia por la bondad de la gente de este lugar. Todos sonreímos cuando Abdulah de 45 años, habitante en el K2, el segundo pico más alto del mundo nos agradece la ayuda

prestada por los médicos cubanos a sus familiares heridos y nos recuerda que también él conoce a Fidel. Dice haberlo conocido hace treinta años y refiere que algún día quisiera a Cuba viajar. Entre nosotros expresamos el orgullo de saber que hasta en los más recónditos lugares del planeta la gente rememora al héroe de Playa Girón....

Dejar atrás a Garhi Habibullah, en medio de sus colinas de nieve, sus valles infinitos y rocas blancas, y aguas azules de cobalto plumizo, con sus médicos cubanos atendiendo la vida, con Iván Muñiz de Matanzas, cubanovenezolano de Barrio Adentro, Táchira, identificando pacientes en los lugares, hacia donde migran desde la montaña en el invierno las familias enteras de Yaret y Naran; socorriendo a las víctimas de

los deslizamientos de tierra, debilitados por el hambre y la sed...

Dejar atrás al MGI **Alexei Ernesto Brito García** de treinta y ocho años de edad, nacido en Santis Espíritu, fundador en Venezuela de la trascendental **Misión Barrio Adentro**, según él evoca despedido por Fidel el dieciséis de abril del año 2003: “Salimos tres grupos de cuarenta, a mi me tocó el segundo, éramos cuarenta; primero nos congregaron en un hotel y luego nos fuimos a los barrios de Caracas, sin saber como iba a ser el recibimiento. Vivíamos en las casas de los vecinos, yo lo hice en el barrio Setenta de los Jardines de El Valle; trabajé dos años hasta el mes de marzo del año 2005. Cuando se da salud y se trabaja con la comunidad es reconfortante, la despedida es muy conmovedora. Barrio

Adentro es un proceso social donde el pueblo participa.”...

Dejar atrás el campamento de Garhi con José María Amauri Blanco, de treinta y cuatro años de edad, de Pinar del Río, también experto de Barrio Adentro, recordándome la vez que lo visité en su consultorio popular, allá en la avenida Cumanagoto, de Las Casitas, en Barcelona, Anzoátegui, contando sus experiencia en las montañas, a pie, mochila al hombro, eludiendo las grietas de las peligrosas carreteras, para dar salud donde sólo ellos y ellas han llegado...

Dejar atrás a las brigadistas del Henry Reeve, subiendo a **Data**, escalando cimas de más de siete mil pies de altura, todos los días, llegando a Kalish y Dana. Kalish, sitio en

que se hundió una mina y sepultó a alrededor de doscientos carboneros... chequeando pacientes, donando medicinas, retirando suturas, remitiendo a los enfermos a los hospitales cubanos de campaña, junto a **Sandra Peña**, mi otra paisana de Anzoátegui, misionera de Barrio Adentro, en Barcelona, en el barrio Fernández Padilla, reflexionando tiernamente: **“aquí son muy agradecidos, nos besan las manos y llorando nos dicen Alah los puso en mi camino...”**. Con el abrazo en el camino de los misioneros de Barrio Adentro de Aragua y de Táchira, Miguel Ángel Ramírez e Iván Muñiz.

Dejar atrás este lugar tan cerca y tan lejos de **Akorakhattak**, lugar donde vivió el poeta más popular de la lengua pastu, hecho leyenda y fallecido hace casi

ochenta años bajo el nombre de **Khushalkhan Khattak**, creador de una rica obra literaria que rememora la vida de los pastum, hasta ser muy respetado en Irán....

Tantas vivencias quedan atrás ahora que el vehículo emprende su misteriosa travesía para encontrarnos a la luz diurna: el paso agridulce de escuelas destruidas, muchas con centenares de escolares adentro y pizarrones al aire de paredes derruidas y relojes guindando marcando una fatídica hora y escombros y escombros y puentes de madera sobre los riachuelos que me llevan y me llevan hacia una ciudad mítica, al paso de burritos cargando henos de trigo, alimentos para el ganado, con hombres guindados en las pendientes de las montañas picando piedras para evitar los deslizamientos de tierra, recordando que el terremoto pakistaní no sólo

se llevó vidas y bienes materiales, sino que sólo en la zona norte demolió en fracciones de segundos, más de quinientos mil empleos.

((((Pienso en la dimensión humana de esta inmisericorde desgracia natural y supongo que sus efectos en tiempo y lugar son el de la caída de una bomba atómica que abisma el presente y el futuro de una patria entera prácticamente abandonada por el mundo a la suerte de Dios))).

Pienso. Pienso. Veo en el infinito como si estuviese mirando una película que no termina... asolado en la mirada fija de un horizonte irreal como el personaje que a pie camina y camina, a la orilla de una larga carretera negra y semeja ser el hombre abandonado de **París**

Texas... pero aquí no son cadillacs viejos y descapotados que pasan con jóvenes alegres escuchando la música distante en un radio cassette, de **Bob Dylan**, o de **Crosby, Nash, Steel and Young**, oyendo a **Roger Watters** derribar una vez más La Pared, o como en una elegía despidiendo a **Sprinsteng** en **Nebraska** junto a **U2...** no, no es la función de **Woostok**, ni de **Bangladesh**, ni de **Lennon** o de los **Rolling Stones...** son niños y niñas lavando alfombras en medio de las piedras a la orilla de los ríos, cruzando sembradíos de trigo en medio de casas abandonadas, con sus paredes invisibles, y entradas con puertas de hierro, todavía sostenidas asombrosamente en el cemento fracturado... un camino, un camino, imponente dentro de mi alma que me lleva a bordear riachuelos en las montañas, con casas de madera a medio construir,

Choala, otro pueblo desmoronado como un terrón de azúcar antes de llegar a la ciudad de la utopía que no pudo ser y no será, y niños y niñas y niños y niñas por todos lados, por todas partes, en el centro de las azoteas de casas desplomadas a ras del suelo, rodeada de piedras grandes y pequeñas y rancherías y leños humeando y tumbas en medio de las casas y tumbas al sur de los jardines y cementerios con lápidas llenas de obsequios multicolores al borde de esta carretera que nos conduce a un puente que tiene grabado en la pared con tinta negra de cartel, el letrero del River New Hotel, destruido al igual que la colina, sin casas como el campo de refugiados emergiendo a la orilla de las calles al borde de las aceras, ahora, ahora, cuando entramos por fin a Balakot.

Balakot, destruida, carbonizada, con su historia adentro demoliéndose al paso de nuestros pies. Jamás, jamás será la ciudad de la **Utopía**.

La Utopía a la cual cantó Tomas Moro, ahorcado y decapitado por la barbaridad del rey.

“Quien conoce una ciudad utópica conoce las restantes”: así dijo el santo mártir al visionar las ciudades de Utopía, aquellas que aún nos quedan por fundar:

no es esa

no es esa

la transfiguración de

Balakot

tampoco el dibujo plástico

y pagano

de la macabra escena

de un film

en blanco

y negro

flagelado de imágenes

que asedian

y me apremian

sin fundamento

((Balakot

Balakot

no pudiste ser la ciudad de la Utopía)))

Balakot

ciudad asolada

blasfemada

por el odio

por las oraciones fúnebres

por el odio

por el rencor de la naturaleza

por el odio

des

plo

ma

da

por el odio

donde vagan

perdidas

extraviadas

sin memoria

corriendo

corriendo

sin centro fijo

en su noria

corriendo

corriendo

perturbadas

vestidas de negro

con sus manos agarrando

sosteniendo sus cabezas

*(((rebotando
rebotando)))*

frente a los muros blancos

de una ciudad invisible

demolida

*por el horror
y la desesperación*

*de no abrigar
a los niños*

*(((rebotando
rebotando)))*

*en las callejuelas
de polvo
carbonizadas*

*por el llanto
que seca
las aguas heladas
del Valle Neelum*

*(((Balakot
no pudiste ser
la ciudad de la Utopía*

no fuiste Amaurota

áspera

en la majestuosa cima del Himalaya)))

*no hubo carrozas de madera
donde llevar
con caballos de paso
a las abuelas del luto
golpeando con sus cascos
los arabescos de piedra
también arruinados....*

*con los chales
con las túnicas del duelo
con las manos en la cabeza*

las abuelas del luto

sin conmiseración

se desvanecen

en la añoranza...

V
Las abuelas del luto

¿Existimos sujetos a las variantes del destino? ¿podiera ser que el devenir de un individuo, de un grupo humano, cambie a través de una acción concreta, expansiva, de múltiples resonancias, el futuro de su entorno, de una nación, de la sociedad, del mundo entero?

Sí. No tengo duda de ello. Basta sólo con apreciar históricamente como el hombre, desde el inicio de la civilización con sus letras cuneiformes, desde las cuevas de Altamira, desde la Babilonia de nuestros antepasados, desde la sabiduría de la Alejandría de Eratóstenes, desde el Cristo amoroso hasta Espartaco redentor de los esclavos; desde Moisés atravesando las aguas del

Jordán hasta Lutero irreverente y reformador; desde Tomás Moro fundador del reino de la Utopía posible hasta Rousseau; desde Marx transformador hasta Bolívar libertador; desde Tupac Amaru hasta Martí profeta de una nación; desde el inmortal Ché Guevara hasta el martilogio de Martin Luther King: los pueblos no han cesado de luchar por transformar aquello que los explota y oprime: no han cesado de levantarse en rebelión ante toda forma de enajenación y dominio –promotor de temores, crímenes y pobreza- es el reflejo natural de las patrias irredentas, indómitas, de los hombres y mujeres que no aceptan tutelajes ni imperios que sojuzguen su voluntad de vivir, de soñar, de fundar un mañana mejor.

El haber visto, recorrido, palpado, los lugares de la inmolación pakistaní, el hecho cierto de compartir con los

familiares y sobrevivientes de ese martirio, hace que nosotros, revolucionarios latinoamericanos, leales seguidores de las sabias enseñanzas, cada vez más vigentes de Chávez y Fidel: definen que asumamos hoy la reconfirmación de la lucha por construir una civilización de iguales entre iguales.

Donde los valores de la solidaridad, la fraternidad, el decoro, la ética, así como la valentía de enfrentar la desgracia y la humillación en todas sus formas, nos comprometa infinitamente a vencer una realidad brutal, decadente e inhumana, que se multiplica hasta el delirio, cerca de **Garhy Habibulah**, frontera con Afganistán: un país hecho zona del espanto, donde bombarderos estadounidenses masacran sin contemplaciones aldeas, comarcas, ciudades, barriendo hospitales, escuelas,

edificios, con la vacua excusa de enfrentar el terrorismo “en un oscuro lugar del planeta”: y no obstante, nación de múltiples riquezas, clave, entre otras, en el tránsito para el saqueo de los reservorios de gas, tan codiciados por los herederos de *Atila* y el *Sepulturero Primero* que torturó a **Shakespeare**: “¡Oh, qué sabiduría! Buenas son las horcas, sí, señor...”.

“Magníficos” son los patíbulos, decimos nosotros sarcásticamente, los campos de guerra, donde cobardemente no pelean quienes cómodamente planifican exterminios; “magníficos” los cañones, los acorazados, los aviones sin pilotos de una “guerra de las galaxias” que padecemos aquí en la tierra, aeronaves espías expertas en atacar a poblados civiles para matar niños y ancianos: como por enésima vez ocurre en este

fronterizo lugar de un Pakistán condenado por los asesinos: **¡¿Quién en su sano juicio pudiera promover una aberración así?!**

¿Acaso no basta que esta tierra de pacíficos ancestros, pastores de cabras y domadores de camellos, hoy estén sufriendo las consecuencias de uno de los desastres naturales más terroríficos de los últimos cien años?

El 15 de enero de 2006, un escueto cable fechado en Islamabad, por una de las serviles agencias transnacionales de noticias, las mismas que no dicen, ni dirán nada, de la imponente ayuda humanitaria, sin precedentes, que la Revolución Cubana presta en cada una de las zonas de devastación, nos informa que: **“un**

ataque aéreo estadounidense contra un pueblo de la frontera pakistani mató a dieciocho civiles (...) tan sólo en la ciudad portuaria de Karachi, al menos cinco mil personas salieron a la calle a protestar con pancartas y carteles que decían `paren el asesinato de civiles inocentes` (...)"

El gobierno de los Estados Unidos, ausente en el auxilio de los sacrificados por la devastación telúrica, a pesar de su espectacular e incomparable presupuesto anual y sus inútiles reservas mil billonarias en dólares, desapareció de los lugares del desastre.

Ningún niño del infortunio, ninguna abuela del luto, ningún traumatizado por el horror, conoció solidariamente

el favor de la mano amiga de la superpotencia más poderosa que haya conocido el mundo jamás.

El gobierno de los Estados Unidos ausente de los escombros de Tahin, de Garhi Dupatta, de Kanshian, de Islamabad, de Bassián, de Narrah, mucho más lejos aún del apoyo a los sobrevivientes en la montaña Jo Sasha Magra o del campamento de refugiados de Kanpur: aparece de nuevo, como siempre, exterminando todo ser vivo que encuentre a su paso: No haré otra vez el inventario del horror, de la ignominia, de la impiedad; no escribiré nuevamente sobre la antología de las iniquidades más abyectas que la contemporaneidad conoció, de quienes hoy asumen ser el imperio heredero de las “glorias” de Calígula, con su cancilleres caballares y sus depredadores a sueldo. No narraré las infames

ocupaciones y masacres ejecutadas durante décadas enteras en la mayoría de los países del planeta tierra, donde los latinoamericanos tenemos un tristemente célebre catálogo de matanzas, torturas e intervenciones militares, desarrolladas desde su naturaleza maléfica.

No. No valen la pena. Ni tampoco un verso de un poeta desconocido del tercer mundo.

Cantaré aquí, más bien, con devoción, alegría y cariño, las hazañas del ejército pacífico de hombres y mujeres batas blancas que conforman el contingente Henry Reeve....

Ellos lograron milagrosamente derrotar la nieve, las distancias, el idioma y una cultura y una religión distante,

para transfigurar el espanto tiernamente suavizado en estas montañas turbulentas. Aquí, dentro de este campamento que alberga la decencia de noventa y ocho médicos, paramédicos y personal de apoyo cubano, **fundadores dentro de la misión humanitaria de socorro a las víctimas del terremoto paquistaní, de un sistema de asistencia en las montañas nevadas a los sacrificados del cruento sismo.**

Aquí, aquí, donde los misioneros del Henry Reeve en un radio de acción de muchos kilómetros a la redonda, han podido ayudar en el momento en que escribo y vivo estas memorias, a casi treinta mil personas. Aquí el borrascoso sonido del río Kunjar acompaña nuestro propio periplo y nuestra canción:

*aquí en estos bellos
y sombríos parajes
del Asia septentrional*

rodeados de un alcor ovejero

*y de gélidas estepas
en donde por azares
del misterio*

no veo el vuelo

de los pájaros

*prófugos hacia los cálidos
cielos del sur*

territorio idílico del clima boreal

*((Recuerdo la antigua edad
de mi infancia*

*tardes en que huía
hacia las orillas
de apacibles aguas*

*Yo bajo un árbol
sentado*

lanzaba piedras al río

hasta mirar asombrado

*las ondas
temblorosas*

*disueltas por la
corriente*

*Era la ceremonia fugaz
de Heráclito*

*el ritual
donde resucitamos
sin beber dos veces
el mágico fulgor del mismo río)))*

El ojo humano, a simple vista, difícilmente podrá divisar la dimensión extraordinaria del **Jo Sasha Magra**, una cima copada de nieve, de más de ocho mil pies de altura.

Alcanzar verla, impone primero atravesar una carretera insólita por lo intrincado del sendero; como una serpiente de millares de anillos invisibles, zigzagueamos en la camioneta que amenaza a ratos precipitarse al vacío de rocas y aguas congeladas que el Kunjar devora.

Llegar al campamento de los médicos cubanos en Garhi
Habibulah luego de conocer tan de cerca los testimonios
plenos de pavor y esperanza de los damnificados en el
campo de refugiados de Muzaffarabad:

*haciendo el viaje
desde la contemplación
de casas desechas
y hogares acabados*

*con carpas
y carpas
y más carpas*

*flotando en el paisaje
de un sombrío y neblinoso*
Pakistán

*a pesar de las alabanzas
al supremo
impotente de impedir
el abatimiento
de tantas moradas calcinadas
por la honda telúrica*

deslumbradora

en su mortífera profanación

de la vida

*portentosa al asolar viñas
y quebradas
que hacen contaminar
el Indus*

*con búfalos ahogados
y caballos
 y cabras
 y dromedarios*

y mariposas cegadas por el aire

y aves escapadas del edén

*y peces amarillos
 y rojos
y azules celestes*

*como un cielo
 que nos abate
y no cesa de aullar*

*en un requiem
por los niños del infortunio*

por las abuelas del luto

mientras las chozas

y los pastos de heno

y las bestias de carga

y el trunco vergel

*oran por la memoria eterna
de los motañeses*

heridos

ensangrentados

bajo la nieve...

*con sus obreros
martillando las carreteras*

talando árboles

*y las vías sembradas
de tiendas de campaña*

*donde rememoro las tristes historias
de quienes allí sobreviven
en medio de la escasez*

de alimentos

de agua potable

sin bañarse

sin dormir

gracias al frío demoledor

aciaga replica de la hecatombe

matando niños y ancianos

*semejantes a **Karimi Kamal**
de ochenta y nueve años de edad*

habitante de las tinieblas australes

sepulturera de la existencia

*de toda su parentela
enterrada por los cascajos
que caen*

y caen

y caen

sin compasión

*mientras **Karimi Kamal**
de ochenta y nueve años de edad*

*residente del horror
ve desaparecer
sus hijos*

sus hermanas

sus nietos

sus nietos

*a Ibrahím
a Gazel
a Hicham
a Laurel
a Ranar*

y con ellos

todos los nietos

y las nietas

de Pakistán

*Karimi Kamal
de ochenta y nueve años de edad
agoniza ahora
en las faldas del Jo Sacha Magra*

en la cima nevada

junto a sus nietos

*junto a sus nietos
las abuelas del luto*

quieren morir

EPÍLOGO PARA CHÁVEZ Y FIDEL

“Si no hay un alma de poeta o de cantor, como cantó la poesía de Tarek, pues difícilmente se puede sentir o difícilmente a un ser humano pueda brotarle esa palabra escrita o hallada, porque las palabras, el lenguaje, son símbolos del alma”

Hugo Chávez

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

(7 de julio de 1999. Caracas, Teatro Teresa Carreño)

El verdadero origen del presente libro tuvo su mágica luz una noche del 11 de diciembre del año 2005, en La Habana, Cuba.

Conversando con Fidel, en su despacho del Palacio de las Convenciones, me habló de entrada, de la Misión médica cubana en Pakistán. Sus ojos le brillaron de serena emoción. No era para menos, Cuba se había convertido por la vía de los hechos en el único país que, pasadas las honras fúnebres iniciales, había permanecido en la zona devastada por el terremoto de Pakistán: atendiendo enfermos, donando medicinas, llegando a las altas montañas nevadas a través de los

misioneros de la brigada Henry Reeve, hecho que ninguna superpotencia mundial realizó.

Con respeto y discreción, el Comandante me sugirió como en un susurro:

-Tarek debieras ir a Pakistán y conocer sobre la Misión humanitaria que estamos desarrollando allá. Esa es una tierra milenaria que evocará tus ancestros árabes.

Debo confesar que inicialmente la idea me pareció genial, pero fue momentos después, cuando participé en la despedida de un contingente de más de cien médicos que partirían ese día hacia la nación del sudeste asiático, en que confirmé mi voluntad de encontrarme con una realidad avasallante y brutal, pero contradictoriamente humana, que marcará con fuego el resto de mis días.

Testimonios de esas vivencias han sido descritos, a mi manera, en este libro. Agradezco profundamente la confianza depositada en mí por Fidel, para el cumplimiento de esta inédita misión. Regresé a La Habana, Cuba, a principios de enero del año 2006. Pero esta vez, viví la emoción de despedirme (luego de tomar la palabra como en anteriores oportunidades, para en ese representativo auditorio enviar un mensaje de aliento a los médicos de la dignidad que partían a representar la **Patria Grande** de Bolívar y Martí, de Artigas y San Martín) para partir conjuntamente con un contingente de la Brigada Henry Reeve con destino a Pakistán.

Después de 22 horas de viaje, previa escala en una base militar de Portugal, llegamos a Islamabad, Pakistán, el

cuatro de enero en horas de la mañana. En la pista del aeropuerto, observamos a un “señalizador pakistani” que con sus manos como aspas rozando el viento cortaba la fría neblina, y para sorpresa de todos, el “torrero” resultó ser el embajador cubano Rolando Gómez. Amable al igual que todo su equipo y diligente en hacernos más llevadera la estadía.

Inmediatamente comencé a trabajar. Conjuntamente con la Brigada de voluntarios cubanos nos acompañó un grupo de periodistas, entre los que destacó el camarógrafo personal de Fidel, popularmente conocido como Chile. En mi mente ya traía el esqueleto del libro, el cual previamente yo le había expuesto al comandante Fidel en La Habana, antes de partir, con la expectativa de trascender en esta hermosa jornada en pro del arte y la vida.

Los textos proyectaban ser testimoniales, escritos a través de una prosa literaria cargada de imágenes sensoriales, usando los recursos de la poesía para darle mayor fuerza a la escritura. No cabe duda que en la realidad, los hechos vividos, como decía Goethe, superan con creces la ficción: allí están los relatos, los poemas, las crónicas, las historias, las reflexiones, a la espera de un solidario y sensible lector capaz de acercarse a uno de los dramas más impactantes de la contemporaneidad.

En Cachemira y en la provincia del Noroeste pakistaní, frontera con Afganistán, indagué y compartí vivencias con los médicos cubanos que permanecerán indeleblemente en mi espíritu, reafirmando mis convicciones humanistas y revolucionarias. Con ellos comí, reí, canté, leí poemas,

tomé teléfonos para llamar a galenos de Barrio Adentro residentes en mi Tigre natal, y recordé con infinita devoción a Venezuela y al Anzoátegui de mis realizaciones y sueños.

La génesis de los textos que con fruición escribí, reposan en anotaciones hechas en tres libretas azules, de artesanal confección, que tomé como talismán de la sala de reuniones del Comandante Fidel. En ellas conservo todas las notas, entrevistas, versos sueltos, informaciones e imágenes, que me asediaron durante días y largas madrugadas, mientras las transformaba amorosamente en testimonios, relatos, poemas, crónicas, capaces de revelar al mundo una parte desconocida de la tragedia pakistaní que al final, termina siendo la misma tragedia de los pueblos del tercer

mundo, expoliados por el imperio opresor, heroicamente consolados por un pequeño país con un pueblo gigante que ha derrotado el hostigamiento, el embargo y el bloqueo impuesto por el poder más perverso que conoció jamás la humanidad entera, durante casi cincuenta años.

Hoy, veo las fotografías y filmaciones hechas con aguda sensibilidad por mi hermano Douglas y siempre aparece como bandera en mi pecho la imagen gallarda de nuestro Comandante Chávez, presidente de todos los venezolanos y uno de los líderes más trascendentales, con el cual cuenta hoy por hoy toda la humanidad. Nuestro respeto, cariño y admiración por su lucha, que es nuestra lucha: son la inspiración de estos escritos.

Textos realizados en medio de grandes contingencias de trabajo que impone una gestión transformadora, como la que ejercemos desde el gobierno revolucionario del Estado Anzoátegui que me honró en dirigir.

Compartir las funciones del gobierno regional, estar atentos a los temas de seguridad, salud, cultura y educación, entre otros, mientras nuestra mente y corazón vivían agitados por la efervescencia de la actividad creadora, han convertido estos nueve, intensos y fieros días, en una jornada memorable que mis seres queridos han apoyado con devoción.

Fueron nueve días ininterrumpidos de creación literaria robados al sueño, luego de agotadoras jornadas laborales propias de una función gubernamental regional

hiperactiva como la nuestra. Comenzar a escribir de manera febril desde la caída de la noche de un día hasta el mediodía del día siguiente se convirtió en una ceremonia especialísima, que me hizo recordar los primeros años de mi adolescencia, cuando descubrí una faceta de poeta insurgente que marcó mi existencia.

Cumplir con los postulados de solidaridad de la Revolución Bolivariana que lidera el Presidente Chávez a través de la creación de esta obra que rinde homenaje al pueblo de Cuba, representado en una buena parte de sus mejores hijos: ha sido para mí un motivo de honra y satisfacción que llevaré en mi corazón y agradeceré hasta la muerte.

La poesía, fiel a sus orígenes carbonarios, vuelve a demostrar ser invencible.